

habría una joven esclava de singular hermosura, llamada Potamiana. Habíala denunciado su amo, en venganza de que ni por promesas ni por amenazas había consentido en sus deseos. El Magistrado no se avergonzó de mandar á la virtuosa Potamiana que obedeciese las deshonestas órdenes de su amo, bajo el supuesto de que si se resistía la haría arrojar en una caldera de pez hirviendo, que mandó poner en su presencia á fin de aterrarla. Viendo un objeto tan horroroso, no, dijo Potamiana, *no debo escuchar á un Juez tan inicuo que me obliga á cometer un delito infame.* Irritado este, mandó que la desnudasen para arrojarla en la caldera; pero la casta Potamiana temiendo solo verse desnuda, dijo al tirano: *mandad que me pongan en la caldera con mis vestidos, y vereis como el Dios que yo adoro me hace triunfar de todas vuestras crueles invenciones.* Metiéronla con efecto vestida en la pez hirviendo con tanta lentitud, que su suplicio duró tres horas enteras. Sufrió el mismo tormento su madre llamada Marcela.

Habíala tratado con mucho respeto el soldado Basíledes, uno de los que custodiaban á la esclava, y aun había estorbado los insultos del populacho. Ofrecióle rogar por él luego que estuviese en el cielo; y apenas espiró la Santa, confesó este feliz soldado el nombre de Jesucristo. Al principio juzgaron que se burlaba; pero al fin le condujeron al Presidente, quien le mandó poner en prision. Los fieles visitaron á Basíledes, y les dijo que Potamiana le había convertido, y que se le apareció para animarle á la per-

severancia. Convirtiéronse también otros muchos, á quienes igualmente se apareció esta Santa. Recibió Basíledes el bautismo en la cárcel, y á la mañana siguiente le cortaron la cabeza. Consiguieron la corona del martirio con el mismo suplicio muchos discípulos de Orígenes, y entre ellos Plutarco y Sereno.

27. No era menos violenta la persecucion en las demás provincias de África, donde dió principio dos años antes de la publicacion del edicto por la malicia del Procónsul Vitelio Saturnino, á quien castigó el cielo egemplarmente con la pérdida de la vista. Fueron doce Cristianos de ambos sexos de la ciudad de Escilita las primeras víctimas de su impiedad, que después por su orden fueron conducidos á Cartago, como primicias de la sangre cristiana de África, ó á lo menos como los mas antiguos Mártires que han llegado á nuestro conocimiento. Son sus actas de las mas auténticas, y están revestidas de todos los caracteres de la santa y venerable antigüedad; y así para presentar un monumento interesante en este género á la piadosa curiosidad del lector, creemos no poder elegir otro mas á propósito.

Distinguiéronse entre estos generosos atletas con especialidad Esperato, Narzal, Citenio, Donata, Segunda y Vestina. Habian sostenido ya un interrogatorio, cuando presentados de nuevo á Saturnino, les dijo á todos en general: „todavía es tiempo de conseguir el perdon, si quereis tributar vuestros homenajes á los dioses. Respondió por todos Esperato: no nos reconocemos culpables de crimen ninguno con-

tra las leyes, y lejos de hacer mal á nadie, hemos vuelto bien por mal. Los primeros objetos por quienes ofrecemos á Dios nuestros votos, son los mismos que nos persiguen de muerte, porque así lo prescribe la Religión que profesamos. El Procónsul le replicó: tambien nosotros tenemos una religion simple y racional; juramos por el genio de los Emperadores, y para su conservacion dirigimos nuestros votos á los dioses del Imperio: por tanto es necesario que vosotros hagais lo mismo. Si quereis oirme, le dijo Esperato, yo os enseñaré en pocas palabras la ley cristiana. ¿Piensas tú, le replicó entonces Saturnino, que tendré paciencia para dejarte vomitar un torrente de injurias contra nuestros dioses? Y dirigiendo la palabra á todos, jurad, les dijo, cuantos aquí estais por el genio de los Emperadores nuestros Soberanos, y asegurais la vida y todos sus placeres. Respondióle Esperato: no conozco el genio de los Emperadores de este mundo; pero yo adoro al Espíritu Criador y Omnipotente, que aunque invisible reina en el cielo y en todo el universo. Ninguna culpa he cometido que merezca el castigo de los Magistrados; nunca he injuriado á nadie, ni hay quien pueda formar quejas contra mí. Aunque reconozco por dueño Soberano y por primer Emperador de todas las naciones á mi Dios y mi adorable Señor, no dejo de guardar la fidelidad mas esacta á los Príncipes que ha establecido sobre nosotros; y les pago con puntualidad los tributos. Volviéndose el Procónsul á los compañeros de Esperato, les dijo: no si-

gais el ejemplo de este insensato, antes bien temed á nuestro Príncipe y obedeced sus órdenes. Pero Citino le replicó: ¿esperais vos sacar de nosotros mejor partido que de Esperato? Nosotros tememos como él al Señor nuestro Dios, y no tememos á otro alguno." Mandó el Procónsul encerrarlos en una prison, y que los tuviesen en el cepo hasta el dia siguiente.

Volvieron á la mañana inmediata á presentar los Mártires á Saturnino, y lisongeándose de poder persuadir á las mugeres, como mas débiles, las dijo desde lo alto de su tribunal: „honrad á nuestro Príncipe y sacrificad á los dioses. Respondióle Donata: nosotras damos al César la honra que le es debida, pero solo ofrecemos á Dios el tributo de nuestros religiosos obsequios y de nuestras oraciones. Vestina dijo: yo soy tambien Cristiana; y añadió Segunda: yo tengo la misma fe en mi Dios, y quiero permanecer con él para siempre: por lo que hace á vuestros dioses, nunca los reconoceremos ni los adoraremos." El Procónsul mandó separarlos unos de otros, y haciendo despues que se acercasen los hombres, dijo á Esperato: „¿Perseveras tú en ser Cristiano? Sí persevero, le respondió; y reiterando su confesion, escuchad todos, dijo en voz mas alta: yo soy Cristiano; y todos sus compañeros al oirle repitieron: nosotros somos Cristianos. Replicóles el Procónsul: ¿luego no quereis persuadiros, ni conseguir el perdon? Respondió Esperato: los combatientes valerosos no piden cuartel; haced lo que querais, que nosotros moriremos

con alegría por Jesucristo. Preguntóles el Procónsul ¿qué libros eran los que leían á quienes tanta veneracion profesaban? Respondióle Esperato: los cuatro Evangelios de nuestro Señor Jesucristo, las epístolas del Apóstol San Pablo, y toda la Escritura inspirada por Dios. El Procónsul dijo: os concedo tres dias para que determineis; y le replicó Esperato: yo soy Cristiano y todos los que aquí estamos, y jamás abandonaremos la fe de Jesucristo; haced pues lo que os plazca.”

El Procónsul al ver su inflexible constancia, dictó al notario la sentencia concebida en estos términos: „á Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Felix, Acilino, Letancio, Januario, Generosa, Vestina y Donata y Segunda, por haber confesado que son Cristianos, y rehusado tributar sus respetos al Emperador, ordeno que se les corte la cabeza.” Oida la sentencia Esperato y todos sus compañeros, dijeron: *damos gracias á Dios que hoy nos hace la honra de admittirnos al reino celestial en calidad de Mártires.* Al punto se les condujo al lugar del suplicio, donde puestos todos de rodillas, y dando de nuevo gracias á Jesucristo, sufrieron la pena capital para interceder por nosotros al Altísimo. Así concluyen los piadosos autores de estas actas, los cuales hallaron arbitrio de extraerlas de los registros públicos; y las hemos traducido fielmente como uno de los monumentos más respetados. Tales son los Mártires Escilitanos, tan famosos en África y aun en toda la Iglesia. Celebrólos Tertuliano con una especie de entusiasmo, y ellos

influyeron mucho en la resolución que tomó de componer su apología de la Religion cristiana, de la que habian dado tan glorioso testimonio.

28. Prendieron tambien en la capital de África á cuatro hombres, cuyos nombres son Revocato, Saturnino, Saturo, Secúndulo, y dos mugeres llamadas Perpetua y Felicitas. Pero estas dos heroínas infinitamente superiores á su sexo, dieron á este triunfo su principal esplendor; de suerte que las actas solo se titulaban con el nombre de las mugeres y no con el de los hombres. Así lo nota San Agustin hablando de ellas con admiracion, y comparándolas con San Estévan, con San Lorenzo y con todos los mas ilustres Mártires. No hay cosa mas patética que la historia de sus combates, escrita en parte por la misma Santa Perpetua, y lo restante por un autor contemporáneo de mucha autoridad, que se cree haber sido Tertuliano. Era Perpetua una muger noble, de edad de veinte y dos años, y ya viuda, segun puede colegirse, adornada de mucho espíritu y atractivos, y de un carácter franco é ingénuo que agrada mas que todos los talentos y hermosuras.

Tenia un niño de pecho, y no le permitia su ternura perderle de vista, ni confiar á otra muger extraña el cuidado de criarle. No tenia menos grandeza de alma Felicitas aunque de inferior nacimiento, y hallábase actualmente en cinta. Luego que prendieron á Perpetua, su padre, que era el único Gentil que habia en su familia, y que amaba en extremo á su hija, corrió á la cárcel con un ardor que solo el afec-

to paterno podía inspirar á un hombre de edad tan avanzada.

Mas escuchemos de boca de su elocuente y santa hija la relacion de una escena tan dolorosa. „ Padre mio , le dijo , ¿ podemos nosotros alterar los nombres que corresponden á la esencia de las cosas? No por cierto , le respondió ; pues yo tampoco puedo dejar de ser y llamarme Cristiana. Al oír estas palabras que le traspasaron de dolor , continúan las Actas , se arrojó sobre mí en ademán de arrancarme los ojos : pero confundiéndose despues porque se habia dejado arrebatár de su ira , se apartó á un lado abandonándose á la desesperacion , como lo mostraba con sus gemidos. Pasáronse despues algunos dias sin que viniese á verme , y yo di gracias al Señor porque me preservaba de una tentacion tan peligrosa. Fuimos bautizados en este intervalo ; y al salir de la sagrada fuente me inspiró el Espíritu Santo que no pidiese otro favor que el de la constancia en los tormentos. Me condujeron poco despues á la prision , y confieso que me estremecí al entrar en ella , porque jamás habia visto morada ni tinieblas tan horrosas. ¡ Ó qué dias tan tristes ! ¡ qué calor tan insoportable ! Añadiase á esto el pestífero olor que causaba la multitud de infelices estrechados y casi hacinados unos sobre otros , y la inhumanidad de los carceleros y centinelas : pero lo que mas me afligia era el cuidado de mi hijo. Al fin los dignos Ministros que nos asistian en nombre de la Iglesia , Testino y Pomponio Diáconos , consiguieron á fuerza de dinero que se nos permitiese pa-

sar algunas horas del dia en un lugar menos incómodo. Salimos apresurados , y mi primera y mas urgente diligencia fue dar el pecho á mi niño que se moria de hambre. Recomendéle tiernamente á mi madre , que habia venido á verme , y exhorté á mi hermano á la constancia en la fe. Yo me consumia de dolor á vista de las aflicciones que causaba á mis deudos , y pasé muchos dias en crueles penas interiores. Pero de improviso me hallé fortificada con un auxilio tan abundante de la gracia , que me vi libre de todas mis molestias y de las inquietudes que hasta entonces habia tenido por mi hijo. No solo se me hizo llevadera la prision , sino que fue para mí una morada mas agradable que todos los palacios que me pudieran ofrecer.

Díjome entonces mi hermano : yo sé , hermana mia , que podeis mucho para con Dios ; pedidle que os revele si os librareis de la muerte , ó si consumareis vuestro sacrificio. Como yo no podia acordarme , sin un amor lleno de confianza , de las gracias que habia reeibido de Dios , prometí á mi hermano que á la mañana siguiente responderia á su duda. Hice oracion efectivamente , y ved aquí las luces que me fueron comunicadas : parecióme ver una escala de oro tan alta que llegaba al cielo , pero tan angosta que solo podia subir por ella una persona de frente. Por los lados estaba llena de cuchillos , espadas y otros instrumentos tan cortantes y de tal modo dispuestos , que al que subiese sin una extrema precaucion y sin mirar siempre á lo alto , quedaria despedazado todo

su cuerpo. Habia un formidable y espantoso dragon al pie de la escalera, en ademan de precipitarse sobre los que iban á subir y aterrándolos con sus rugidos. Ascendió sin embargo Saturo sin amedrentarse; y cuando hubo llegado á lo alto, me dijo: yo te aguardo, Perpetua, pero defiéndete del dragon. Ningun daño me hará, le respondí, porque confio en nuestro Señor Todopoderoso. Acerqueme en efecto á la escalera, y el dragon no hizo mas que levantar débilmente la cabeza, como si me tuviese miedo; de modo que le puse el pie encima, y me sirvió de primer escalon. Al punto que pisé lo alto de la escalera, descubrí un inmenso jardin, y en medio un hombre vestido de pastor, con los cabellos blancos como el ampo de la nieve, acompañado de muchos miles de personas vestidas de blanco. Hablóme con agrado y me dijo: seais bien venida hija mia; y mandándome acercar me puso en los labios un manjar delicioso, que yo recibí cruzando las dos manos. Respondieron cuantos presentes estaban, *amen*; con lo cual desperaté, y conocí que mascaba todavía una cosa de extraordinaria dulzura. Ansiaba en extremo referir esta vision á mi hermano, el que adivinó que estábamos destinados á ser martirizados, y desde entonces principiamos á no dejarnos engañar por las esperanzas del siglo." Lo que mas dió á entender á Santa Perpetua y á su hermano que morirían por Jesucristo, fue la Eucaristía que era costumbre dar á los Mártires, para prepararlos al combate; lo cual significaba el manjar celestial que se le presentó en la vision.

„Corrió la voz algunos dias despues, sigue la Santa, de que íbamos á ser interrogados; mi padre vino á la prision, no menos desasosegado que la primera vez, y me dijo: ten piedad, hija mia, de mis canas; ten piedad de tu padre, si me reputas digno de este nombre. Yo te he educado con mucho esmero y ternura, te he manifestado mayor afecto que á tus hermanos, y no debes ahora llenarme de oprobio á los ojos del público. Ten delante de tus ojos el amor de tus parientes y deudos, de tu madre y de tu tia; y considera que tu hijo no puede existir sin ti; suaviza tu aspereza y obstinacion que va á causar nuestra ruina; porque no esperes que ninguno de nosotros se atreva á presentarse en público, si eres sentenciada á una muerte infame. Me apretaba las manos al mismo tiempo que me hablaba así, y no cesaba de besármelas, regándolas con sus lágrimas; y aun se postró á mis pies, llamándome no ya hija, sino señora. Atravesáronme el corazon estas palabras y acciones de mi padre, y me compadecia mucho mas al considerar que era el único de nuestra familia que permanecia en tan estraña ceguedad. Pero sin dejarme vencer por sus lágrimas, le manifesté las mas espresivas señales de ternura, y le dije: en el interrogatorio sucederá lo que sea del agrado del Señor, pues nunca impera nuestra voluntad, sino la suya. Retiróse este infeliz padre lleno de amargura y desconsuelo.

Al dia siguiente estando nosotros comiendo, vinieron de improviso á conducirnos á la presencia del

Juez. Se habia divulgado la nueva por toda la ciudad, y cuando llegamos habia ya en la plaza un innumerable concurso. Egercia la Magistratura suprema el Procurador Hilariano, en lugar del Procónsul Timiniano que habia fallecido. Hízonos subir á un tablado, y preguntó primero á mis compañeros, que hicieron con valor su confesion. Vino despues á mí, y en este punto apareció mi padre que traía consigo á mi hijo. Hízome retirar un poco, y arrojándoseme al cuello comenzó á persuadirme con mas viveza que nunca. Ayudábale el Juez, quien me dijo: tened algun respeto á las canas de vuestro padre, y apiadaos de la edad tierna y de la inocencia de vuestro hijo; ablanden por fin vuestro corazon los clamores de este niño desgraciado y las lágrimas de todos vuestros deudos. ¿Qué os cuesta sacrificar por la prosperidad de los Emperadores? Nunca haré tal cosa, le respondí, ni será capáz ningun objeto humano de separarme del Señor, ni de la compañía de estos Santos. ¿Luego sois Cristiana? dijo Hilariano: sí por cierto, le respondí, Cristiana soy: y como mi padre procurase sacarme del tablado, mandó Hilariano que le obligasen á retirarse, y aun llegaron á maltratarle para que obedeciese. Sentí los golpes con mas viveza que si yo los hubiese recibido, y mi corazon se despedazaba de dolor al ver tratado de aquella suerte al que me habia dado el ser. Entonces Hilariano pronunció la sentencia de muerte, condenándonos á todos á ser arrojados á las fieras."

Cuenta tambien Santa Perpetua otras dos visiones

que la alentaron mas y mas á consumir su sacrificio; y así concluye su relacion. Por su parte el mártir Saturo tuvo otra que escribió por sí mismo para utilidad de todos. Vió no solo la gloria celestial en que iba á entrar, sino que tambien, como sucedió á otros muchos Mártires, recibió del Espíritu Santo conocimientos proféticos en beneficio de las Iglesias, cuyas profecias serian largas de referir.

Tantos y tan prodigiosos favores dieron á esta tropa de Santos una constancia tan generosa, que conmovió á sus mismos perseguidores. Habia concebido una alta idea de la virtud de sus presos el carcelero llamado Pudente, y llegó por fin á imitarla, abrazando valerosamente la fe. Mas la alegría de los Mártires no era completa porque Felicitas estaba en el octavo mes de su preñez. Temia ella en extremo sobrevivir á los demás Confesores, como debia suceder naturalmente, porque las leyes prohibian egecutar la sentencia de muerte en las mugeres preñadas, hasta que pariesen. Todos se pusieron en fervorosa oracion tres dias antes del espectáculo en que debian ser arrojados á las fieras; y en el momento sintió Felicitas los dolores del parto, que fueron extraordinarios porque no habia llegado al término natural. Uno de los guardias que la oyó dar terribles gritos, la dijo: *pues si ahora haces esto, ¿qué será cuando te veas entre las garras de los leones?* Respondióle Felicitas: *yo soy ahora la que padezco, pero entonces padecerá y vencerá en mí Jesucristo.* Parió por fin una niña, la cual recogió una caritativa Cristiana, que la miró siempre

como hija propia. Sirvióse la víspera del combate á los Santos la comida que se acostumbraba á dar en público á los que debían perecer en el anfiteatro, y se llamaba cena libre, á fin de que tuviesen entera libertad de alegrarse por la última vez antes de su muerte. Convirtieron los Mártires este convite en un ejercicio de caridad y de celo apostólico; celebraron á presencia de los idólatras la felicidad de padecer por Jesucristo, y les reprendieron su incredulidad, amenazándolos con las penas eternas. *Miradnos bien, les dijo Saturo que era elocuente, para que podais conocernos en el dia del juicio final.* Retiráronse todos atónitos, y muchos de ellos reconocieron la excelencia de la fe.

Habiendo por fin llegado el dia del combate, todos nuestros santos Atletas, escepto Secúndulo á quien Dios se llevó para sí en la prision, comparecieron en el anfiteatro con semblantes serenos, en los que se veía pintado el gozo en vez del terror. Perpetua caminaba con paso tranquilo, y los ojos en tierra, encubriendo cuanto podia su hermosura; pero sin embargo se echaba de ver su alegría interior, con mucho consuelo de los espectadores Cristianos, y se la oía cantar en voz baja, cuando se escuchaba con atencion. ¡Y cuál era el contento que mostraba Felicitas al verse restablecida, para poder sufrir la muerte con todos los demás! Quisieron poner á los Mártires los adornos acostumbrados en estos espectáculos á la puerta del anfiteatro, que eran un manto encarnado á los hombres, como le usaban los

Sacerdotes de Saturno, y á las mugeres una banda que les ceñia la cabeza, como la traían las Sacerdotisas de Ceres. Rehusaron estas insignias, como otros tantos símbolos de idolatría, y Perpetua dijo: „nosotros sacrificamos la vida por substraernos de este criminal oprobio; y al tiempo de pronunciar vuestra sentencia, habeis ratificado este convenio: no parece justo imponer dos castigos por una misma causa.” El Tribuno cedió, y se les permitió á todos entrar con sus propios vestidos. Miraron al pueblo, y le amenazaron de nuevo con los juicios divinos; y al llegar á donde estaba Hilariano, le dijeron con un tono y ayre de autoridad: *tú nos condenas hoy á nosotros, pero el Eterno será en breve tu Juez.* El pueblo irritado pidió que fuesen azotados por los *Venatores*, que eran los que cuidaban de las bestias del anfiteatro. Poníanse estos egecutores en línea, y daban cada uno un golpe á los prisioneros sentenciados, á los cuales llamaban *Bestiarios*, haciéndolos pasar delante de ellos; y nuestros Santos mostraron la mayor alegría de verse azotados como el Salvador.

El Señor concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado; pues conferenciando todos juntos sobre el fin glorioso á que aspiraban, pidió Saturnino que sirviese de juguete á todo género de bestias feroces, para sufrir mas prolijo martirio: y con efecto él y Revocato fueron acometidos por un furioso leopardo, y despues los arrastró un oso, sin quitarles la vida. Por el contrario nada temia tanto Saturo como el oso, y preferia el impetuoso furor

de algun leopardo que le matase de la primer dentellada. Al principio le arrojaron á un javalí: pero el animal convirtió su furia contra el venator que le habia soltado, el que murió de las heridas pocos dias despues. Espusieron de nuevo á Saturo á la vista de un oso; mas no quiso leste salir de su jaula, y retiraron al Mártir segunda vez sin haber recibido ningun daño; lo que le dió ocasion para fortificar en la fe al carcelero Pudente, y despues predijo que un leopardo le quitaria de un golpe la vida, como lo deseaba. Con efecto, habiendo sido espuesto por la tercera vez á un leopardo monstruoso, se arrojó este sobre él con tal ímpetu, que de la primer mordedura lo bañó todo en sangre. Despidióse en este momento del carcelero fiel, y le dijo: *á Dios, querido Pudente, acordaos del triunfo de la fe, y que mi muerte os aliente en vez de desanimaros.* Pidió á Pudente el anillo que llevaba en el dedo, y mojándolo en su sangre, se le volvió como una prenda de su fe y de su santa amistad; y despues cayó muerto en el sitio que se llama *spoliarium*, donde eran degollados aquellos que dejaban con vida las fieras.

Fueron espuestas desnudas las Santas Perpetua y Felícitas en una red á una vaca furiosa; pero habiéndose compadecido el pueblo de la delicadeza de Perpetua y del triste estado de Felícitas, que habia parido dos dias antes, las retiraron para cubrirlas con alguna ropa, y de este modo volvieron á esponerlas. Felícitas, que no habia podido contener los gemidos al tiempo del parto, recibió con mucha ale-

gria al animal feroz que la echó á tierra, cubriéndola de heridas. Perpetua cayó de espaldas, y se incorporó luego; y viendo su vestido despedazado, procuró componerle y cubrirse del modo mas honesto. Atóse tambien el cabello, porque el llevarle suelto era señal de tristeza, y no queria manifestarla en el dia de su triunfo. Púsose despues en pie súbitamente, dió la mano á Felícitas, que estaba en extremo debilitada con sus heridas, y caminaron juntas hácia una puerta del anfiteatro, donde estaba un catecúmeno conocido de Perpetua. Habian pasado estos movimientos naturales en un éstasis que tenia absortos sus sentidos y todo su espíritu, de suerte que volviendo en sí como de un sueño profundo al acercarse á aquel Cristiano, le preguntó: *¿cuándo nos esponen á las fieras?* Sorprendida quedó al oír lo que habia sucedido, y no queria creerlo hasta que observó su cuerpo todo ensangrentado. Mandó llamar á su hermano por medio del catecúmeno, y les exhortó al uno y al otro á la constancia en la fe y en el fervor. Pidió entonces el pueblo que los Mártires fuesen conducidos al medio del anfiteatro para recibir el último golpe; y habiendo vuelto por sí solos fueron degollados sin hacer el menor movimiento. Mas como estas egecuciones servian de ensayo á los nuevos gladiadores, que en tales casos se llamaban *Confectores*, para acostumbrarse sin riesgo á ver correr la sangre; cayó Perpetua en manos de un confector inesperto que la hizo padecer mucho y dar algunos gritos: mas luego al punto recobró su tranquilidad, y ella misma